

[de esto y de aquellos II]
EL Nervión
n.º 924
Bilbao, domingo, 12 de marzo 1893

Narraciones siderianas

El gran Duque-Pastor

Era gran día en «El Arca», de Sideria. Se celebraba la gran fiesta apocalíptica, el cumplimiento de abracadabrantas profecías.

Se trataba nada menos que de coronar al gran Duque de Monchinia, al ínclito D. Tiberio.

Conviene que sepa el lector que la ciudad ducal de Sideria pertenecía al antiquísimo país monchino, cuyos orígenes se difuminaban en el misterio de las edades genesiáticas. Una venerable leyenda enseñaba que los monchinos eran autóctonos ó indígenas; es decir, nacidos de su misma tierra y que un Dencalion monchino los había producido, convirtiendo los robles en hombres, que resultaron recios y duros como los robles.

Mas dejando el campo encantado de la leyenda, la historia presentaba á los monchinos en remotísimas edades trabajando sus campos, comiéndose en paz y gracia de Dios su pan y gozando de sabias leyes.

Se habían puesto desde muy antiguo al amparo de los grandes Duques de Monchinia, y cuando moría cada uno de estos iba su sucesor á rendir acatamiento á las sabias leyes de los monchinos á un islote, situado dos leguas mar adentro. Despues que el gran duque ofrecía sacrificios en el altar de la ley monchinesca y mientras el vapor de aquellos subía al cielo, las aclamaciones del pueblo se mezclaban al bramido del mar.

Pero ¡ay! hacia ya algun tiempo un desaforado terremoto habia conmovido á Monchinia y el mar, sacudido en su

asiento, se habia tragado al islote y con él al altar de la ley y al gran duque, que estaba á su pié implorando clemencia al cielo.

**

Hacia ya tiempo que Monchinia toda dirigia de cuando en cuando miradas tristes al punto del mar en que se alzaba un día el islote, cuando los socios de «El Arca» de Sideria resolvieron hacer la felicidad de los pobres *filisteos* y ramplones burgueses de Monchinia coronando gran duque á don Tiberio, elevando «El Arca» á islote de la Ley y encendiendo en ella el altar de los sacrificios.

Don Tiberio era un gran ganadero. En el trato con el ganado habia adquirido singularísimas dotes de gobierno y extraordinaria energia. Los pobres de espíritu de Monchinia, murmurando de él, decían que de haber nacido hijo de algunos de sus muleros, nunca habria pasado de mulero... y gracias! y aunque es cierto que no le faltaban condiciones ni lengua para tal, no es menos cierto que tales murmuraciones, eran espumarajos de impotente envidia.

Don Tiberio sintió que el dilatado pecho se le henchía como gigantesco fuelle al sentir en sus sienes el cosquilleo precursor del peso dulce de la ducal corona; se fué á ver sus graneros atestados de cebada para el ganado y sus campos henchidos de verde heno, y sonriendo modestamente, exclamó en su corazón: ¡

—Señor, haz de mí lo que te plazca, y pues lo quieres, se!

Los sócios de «El Arca» estaban fuera de sí de regocijo. Iban á dar el gran golpe apocalíptico; iban á dejar turulatos á los infelices *filisteos*, no solo de Sideria, sino de toda Monchinia; iban á matar de una vez el monstruo de la ramplonería burguesa, iban á enseñar al mundo lo que es el mundo.

Los pobres monchinos se resistieron en un principio desconociendo sus intereses. Víctimas de ridículas preocupaciones los unos creían incompatible la dignidad de gran duque con el oficio de ganadero, sin comprender ¡incautos! que es esta la mejor escuela para aquella, los otros aducían nimios escrúpulos fundados en el funestísimo prejuicio de la herencia de las supremas dignidades como si no fuera cada hijo de sus obras todo hijo de vecino, y otros, por fin, los pusilánimes, temían se encendiera el país en cruenta guerra civil y germinarían bandos sosteniendo cada cual su pretendiente á gran duque. Pero si esto último se verificara ¿durará la reyerta más que la vida del heno,

á la mañana verde
seco á la tarde?

¿Quién tan generoso en su opulencia como don Tiberio y dispuesto como él á conceder cebada y heno á todo pasto al pueblo monchino, hambriento de libertad y de reposo?

Don Tiberio, alfombró de heno las calles de Sideria y sembró los campos con la cebada de sus graneros. Así poco á poco fueron entrando en razon los monchinos y todo estuvo maduro para celebrar en «El Arca» la apocalíptica fiesta de la coronacion de gran duque á favor de don Tiberio.

**

¡Qué fiesta! ¡Qué esplendor! Imagine se el lector la tal fiesta, porque siempre será preferible á que se la describamos.

Se sacrificaron para ella tantas reses y pellejos como convidados.

Y mientras, despues de verificada la ceremonia, se prolongaba la solemnidad, los pacíficos burgueses siderianos contemplaban apiñados en la calle los iluminados balcones de «El Arca» y comentaban las voces que hasta ellos llegaban.

Los brindis fueron todos dignos de don Tiberio y de su coronacion, sobresaliendo entre ellos el del oráculo de «El Arca», quien tenia en el cuerpo más de una cuba de inspiracion.

«Vamos á hacer la felicidad de estos borregos—decía—vamos á ahorrarles el trabajo de que se den quebraderos de cabeza.»

—¡Bravo! ¡Bravo!—exclamaban unos.
—¡Que se repita! ¡Que baile!—gritaban otros desde debajo de la mesa.

«Vamos á convertir á este piadosísimo país en un país librepensador....» —prosiguió el orador.

Gran asombro en los que no roncaban todavía.

«¿Cómo? Reduciéndole á la verdadera libertad de pensamiento, libertándole de pensar...»

Entusiasmo loco. En el delirio de éste algunos se desinspiran.

—Y serán capaces de no agradecernoslo!—exclamó Anastasio.

«Desde mañana—signió diciendo el oráculo—será Monchinia un pacífico rebaño en que reinará la paz y la ventura, un rebaño que nadará en abundancia. Las camas serán de hierro y todos andaremos hundiéndose hasta las rodillas en cebada.»

—Os nombraré mastines del rebaño—gritó don Tiberio.

«Alto honor, señores, altísimo honor que debemos agradecer al gran duque.» ¡Viva el duque pastor!

—¡Que baile!—gritaron de debajo de la mesa.

Los brindis se siguieron hasta que llegó la vez de hablar á Don Tiberio. Se levantó este, se aseguró con ambas manos la corona que le tambaleaba en la cabeza, se puso como la grana, abrió la boca... y volvió á sentarse.

Un formidable aplauso se signió á este brindis mudo, aplauso que hizo esclamar á los pobres burgueses que atisbaban desde la calle los rumores de la fiesta: Estará hablando el gran Duque!

Poco despues, al rayar el alba, vieron que llevaban á su casa al gran duque, en triunfo.

Cuando el oráculo se retiraba á su morada iba diciéndose: «Mañana firmará el gran duque el decreto nombrándonos mastines del rebaño.»

Y despues de acostado, arrebujándose en las sábanas, se dijo á sí mismo:

—«¡Qué hermosa transformacion! ¡Ah quién fuera cordero ó cabrito ó carnero ó...! Es la primera vez que envío á estas pobres gentes. Desde mañana librepensadores, libres del tormento de pensar...»

«¡Qué vida tan feliz la del cordero, el cabrito y sus parientes todos! No tienen que pensar más que en el pienso y en la cama... El pastor se encarga de guiarles.»

«¡Y aun se quejarán los animalitos de que de vez en cuando sacrifique á alguno de ellos el pastor para su sustento... ¿Qué significa uno de más ó de menos? De algo ha de vivir el pastor y debe perdonársele el que se merienda alguno que otro cordero en gracia á su solicitud por el rebaño.»

«Dura lex, sed lex. La Naturaleza no mira al individuo, lo sacrifica en aras

SIGUE DEL 1-69

de la especie... ¡Que bien vamos á vivir los mastines del gran duque pastor!
 »Nos dará los huesos de los corderos que desheche, y además lo que podamos morder por nuestra cuenta. Nosotros felices con los huesos y el rebaño felicísimo refocilánlese en yerba fresca, grasa y verde.»
 Se durmió y en sueños creyó oír el rechasquido del látigo del gran duque pastor sobre las cabezas del rebaño.

Desde entonces la jaqueta huyó de Mouchina y los monchinos se dejaron guiar sacrificando gustosos los individuos al bien de la especie. Y tendido si era tragon el gran Duque-Pastor!
 Dicen que cansado este de corderos piensa retirarse á la vida privada cediendo el gran ducado á su perro, para demostrar de esa manera que no fue Calígula tan loco como se cree al nombrar consul á su caballo.

MIGUEL DE UNAMUNO.

Salamanca, Febrero de 1893.



El Nervión
 n 740
 Bilbao, martes 27 de marzo de 1893

1-70
 Reflexiones
 sobre la próxima lucha

1-70
 Aunque los individuos de diferentes partidos políticos debían diferenciarse más bien que en la confesión de distintos principios y dogmas de gobierno en el diferente espíritu con que aplicarán sus luces á cada caso concreto y en cierta disposición y modo de ser diferencial y propio de cada uno de ellos, de hecho no sucede así, porque los ideales políticos son, por regla general, cosa pegadiza, mero accidente de opinión y no la expresión y como la flor del íntimo modo de ser.

Digase en qué se diferencian en Bilbao, por ejemplo, los concejales republicanos de los monárquicos y los dinásticos de los carlistas y si esa diferencia radica en sus ideales. La mayor diferencia política se reduce á votar si se ha de celebrar ó no el dos de Mayo y cosas por el estilo, de escasa importancia para la gestión municipal.

No diremos que el cargo de concejal no sea político, porque ¿cuál no lo es en la gestión pública? pero sí que hasta hoy no se ha visto que el ser un concejal de este ó el otro partido conduzca más que á accidentes pasajeros y á favorecer en una votación para un empleo á este ó el otro, según venga ó no recomendado por el partido.

Cierto es que difiere mucho el papel é importancia que conceden á un concejal municipal los monárquicos del que le conceden los republicanos y aún dentro de éstos el que le atribuyen unos y otros. La significación del concejal para un federal difiere de la que le da un zorri-llista más que la de éste de la de un monárquico. Pero en la práctica, todas estas diferencias doctrinales se borran y aparecen los partidos como sociedades de cooperación y ayuda mútua y sus ideales como tapujos.

A lo que hay que añadir que pertenecan los concejales á este ó el otro partido, tienen que sujetarse á la ley municipal, forman cooperación constituida y no constituyente, y en los límites en que la ley les encierra su espíritu íntimo, no sus opiniones, está lo eficaz.

Por otra parte, el sentido tradicional de los partidos políticos va perdiendo toda eficacia. Sus doctrinas son tan abstractas que á penas dan luz en la gestión de cada negocio concreto,

Estamos cercanos á las elecciones municipales y toda persona de recto juicio y desapasionada tiene que confesar que, dadas nuestras costumbres y tradiciones, el que se nos presenten en Bilbao los candidatos como de este ó el otro partido político, nos deja completamente á oscuras en lo que nos interesa saber de ellos.

El hecho innegable es que el pueblo bilbaíno al presentársele un candidato á concejal como de tal ó cual partido, más que en las doctrinas de este, agua de borrajas en la práctica de la gestión, se fija en los hombres que han de estar tras él, en su independencia social y en garantías personales, no pendientes de ideales abstractos.

No nos parece que, visto el estado de las cosas y los fines porque se va á luchar en la próxima contienda, fuera una exigencia exagerada é impertinente del pueblo el que pidiera á los candidatos, no su confesión política y si creen que el municipio ha de estar mejor regido gobernando en España las actuales instituciones ó la República ó D. Carlos, sino sus propósitos respecto á los grandes negocios en expectativa, su opinión referente á la oportunidad y utilidad de los caminos porque quieren lanzar á Bilbao algunos señores que tiran de los hilos de algún que otro teatrillo Guñol y mangonean este ó el otro partido, fija la vista en sus particulares intereses.

No sería pretension ridícula que el pueblo que ha de votar pidiera á los candidatos su programa de gestión municipal é hiciera caso omiso de su confesión política.

Esto por una parte. Y por otra los hombres de partido, sinceramente de partido, los que ponen el fin de sus esfuerzos en la victoria de sus ideales, deben comprender que no por predicaciones y exposición de principios se hace un partido acepto, sino por mostrar al pueblo que sus adeptos llevan á la gestión pública un espíritu más elevado, más noble y más desinteresado. El triunfo á toda costa, el empeño de sacar 31 representantes en vez de 30 es una falsa victoria. Es, por ejemplo, indudable que si Bilbao ha ganado con la derrota electoral del negociante señor Solaegui ha sido tal derrota un triunfo, un positivo y grande triunfo para el ideal republicano en Bilbao, y que el partido republicano bilbaíno gana mucho con no tener tal falsa representación en Cortes. Los republicanos sinceros y desligados de la estúpida significación que á la disciplina y al interés de partido dan los fanáticos, lo reconocen así y acabarán por reconocerlo otros muchos para quienes no se ha disipado aún la niebla.

Si un partido cualquiera quiere hacerse acepto al pueblo, sin lo cual su intervención en la administración le es más dañina que provechosa, debe ante todo mostrarse fuerte, digno y consciente de su valor y no dejarse imponer por mangoneadores y mandarines muy hechos á atropellarlo todo y que no pocas veces predicán doctrinas de libertad y democracia con espíritu del más absurdo despotismo.

EXÓRISTO



VNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDOS.USAL.ES